

VIDA FRATERNA A PARTIR DE LA RB 63

Abad Edmilson Caetano, OC (CIMBRA)

1. 1. RB 63 leída en mi comunidad

Habiéndome dada la sugerencia de reflexionar sobre la vida fraterna en la comunidad a partir de la RB 63, hallé que uno de los lugares hermenéuticos importantes sería mi propia comunidad. Siendo así, aprovechando de una de nuestras reuniones semanales, oí de los hermanos las impresiones que causan este capítulo, sin la preocupación de hacer una exégesis científica del mismo. Se trató sólo de colocar en común las impresiones principales que brotan de la escucha de este capítulo, teniendo – imposible de no ser así – la propia experiencia de escucha diaria de la RB y la lucha para la vida fraterna en la comunidad. Esta experiencia fue compartida por todos: monjes, profesos temporales, novicios y postulantes.

1. a) Visión general del capítulo

2. • San Benito quiere disciplinar el relacionamiento fraterno.
3. • San Benito quiere que se tenga el mismo respeto que se tiene en las relaciones familiares. Comparando con la vida familiar, existe una cierta jerarquía, como en nuestras familias, en relación a los más viejos.
4. • San Benito propone una estructura militar: disciplina y orden, no obstante honra y trabajo están relacionados con la caridad fraterna.
5. • El respeto a los mayores es condición para aprender a ser humilde. Trátase de respeto a la jerarquía y obediencia^{1[1]}.

1. b) El monasterio

6. • Lugar donde se aprende a vivenciar la honra, el amor y el respeto.
7. • Disciplina-amor-respeto deben existir para vivirse en comunidad.
8. • Lugar donde, en el relacionamiento cotidiano, se crea fraternidad.
9. • No es una república de estudiantes y tampoco un grupo de solterones que viven juntos.

2. c) Relacionamiento fraterno

10. • Es importante tratar a los hermanos con respeto. Tratar por el apodo es una falta de respeto. Se perdió la costumbre de llamar al otro de hermano. Dejando de tener un tratamiento respetuoso en el modo de llamar al otro, se

^{1[1]} El término jerarquía fue el utilizado por los hermanos. Es interesante notar que delante del capítulo se piensa en el monasterio organizado de manera piramidal. Jerarquía aquí no es visto como un principio sagrado, empero como estructura que determina relaciones, derechos y deberes.

decreta el desorden. Cuando el respeto y el amor dejan de existir aparecen la persecución y la perturbación.

11. • La comunidad no es algo acabado ni listo; ella se va construyendo. Varios tipos de personas la configuran. Es necesario saber respetar la etapa de cada uno y creer realmente que Dios habla también a través de los más jóvenes.
12. • Leyendo el capítulo, se percibe que San Benito no quiere acepción o preferencia de personas en la comunidad. Estamos en el monasterio por un llamado divino. No fuimos llamados por nuestra dignidad civil ni por nuestras capacidades.
13. • El relacionamiento fraterno es requisito para la paz en la comunidad. Se debe hasta aprender a convivir con los niños.

3. d) El abad

14. • De entre toda la jerarquía de la comunidad, el abad aparece como la figura más importante.
15. • Él debe imponer un orden y disciplina en la casa, de modo que, cuando esté ausente, todo se desarrolle en paz, verificándose el proverbio que dice: “cuando el gato sale, los ratones hacen fiesta”.
16. • El abad debe organizar todas las cosas para propiciar la perfección de la vida fraterna.

Dejando de lado las impresiones de mi comunidad, que pueden coincidir con las de los hermanos y hermanas de tantas otras comunidades, vamos a reflexionar sobre algunas riquezas que la RB 63 nos trae.

17.2. Descubriendo la vida fraterna en la RB 63

Partir del capítulo 63 para hablar de la vida fraterna no es una opción indiferente. Se puede detectar una línea creciente en relación a la vida fraterna que va ligando la RB 63 a la RB 72, capítulo que se torna el ápice de toda la Regla.

El capítulo 63 presenta la temática del “ordo”. Este tema merecería toda una consideración aparte. La palabra, con sus implicaciones, aparece más de veinte veces en la RB^{2[2]}. No es solamente cuestión disciplinar, mas bien indicación de una construcción armónica de relaciones en la comunidad. Es una cuestión práctica. La vida comunitaria es práctica, no teórica. La comunidad, para su buen desarrollo, necesita de orientaciones precisas.

Nuestro capítulo en cuestión se divide, nítidamente, en tres partes:

1. vv. 1-9: orden para la construcción de la paz
2. vv. 10-17: honrarse mutuamente
3. vv. 18-19: los de menor edad.

La primera parte del capítulo esta encabezada por la determinación de que el orden de procedencia en la comunidad, sea por el tiempo de “conversatio”, por el mérito de vida y decisión del abad. En la realidad, son dos normas, en vista de que quien decide

^{2[2]} RB 18T; 58T; 63T; 2,19; 11,2.4.5.7.11; 13,12; 17,1.5; 18,5.18.20; 21,4; 38,12; 43,4; 44,5; 47,2; 48,15; 58,9; 60,1; 63,1.4.5.18; 64,2; 65,20

el asunto del mérito de vida es el abad. Se trata de una primera escena, en donde el personaje principal aparece únicamente en el último término: “utque abbas constituerit”.

En realidad, quien constituye el orden y es el principal artífice de la armonía en la comunidad es el abad. Son tantas las cosas que tiene que hacer y, a la vez, no hacer, para conservar el orden, como tierra preparada para sembrar la paz. El abad en la RB es un “sujeto arbitrario”, que no debe cometer “arbitrariedades”. A él siempre se le recuerda que deberá prestar cuentas a Dios^{3[3]}. Es en este espíritu que él deberá constituir y disponer las cosas^{4[4]}.

Una vez que el abad es el que constituye y dispone, él ya estará haciendo una gran cosa no siendo turbulento y perturbador de la paz de su rebaño. Al abad le es pedido en este capítulo 63 no perturbar la paz de su rebaño. “Contrubare”, es un hápax en la RB. Es posible pensar que esta advertencia de Benito, con una expresión única en toda la Regla (“non conturbet gregem”) quiera llamar de modo especial, aquí, en las relaciones fraternas, la responsabilidad del abad con relación a la paz y armonía en la comunidad. De hecho, todas las cosas que el abad constituye o dispone están direccionadas para el progreso del rebaño^{5[5]}. No perturbar el rebaño, mas hacerlo

^{3[3]} cfr RB 2,34.37.38.39; 3,11; 31,9; 36,10; 63,3; 64,7

^{4[4]} Importante colocar aquí no sólo las citaciones, sino también los textos, para que nos auxiliem para visualizar como se logra la construcción de la caridad y de la paz en la comunidad. El abad constituye y dispone:

RB Prol 45-46: “Constituenda est ergo nobis dominici schola servitii. In qua institutione nihil asperum, nihil grave nos constituos”.

RB 2,4: “Ideoque abbas nihil extra praeceptum domini quod sit debet aut docere aut constituere”.

RB 3,6: “Sed sicut discipulos convenit oboedire magistro, ita et ipsum provide et iuste concedet cuncta disponere”.

RB 21,7: “Et de praeposito eadem constituimos”. (cf. RB 65,11.12; 71,3)

RB 40,2: “et ideo cum aliqua scrupulositate a nobis mensura victus aliorum constituitur”.

RB 41,5: “Et sic omnia temeperet atque disponat, qualiter et animae salventur et quod faciunt frater absque iusta murmuratione faciant”.

RB 43,5: “sed ultimus omnium stet aut in loco, quem talibus neglegentibus seorsum constituerit abbas, ut videantur ab ipso vel ab omnibus”.

RB 61,11-12: “Quem si etiam talem esse perspexerit abbas, liceat eum int superiori aliquantum constituere loco. Non solum autem monachum, sed etiam de suprascriptis gradibus sacerdotum vel clericorum stabilire potest abbas in maiori quam ingrediuntur loco...”

RB 65,12: “Et si potest fieri per decanos ordinetur, ut ante disposuimus, omnis utilitas monasterii, prout abbas disposuerit”.

El versículo 11 de este mismo capítulo 65 es señal del porqué el abad tiene que constituir y disponer; “propter pacis caritatisque custodiam in abbatis pendere arbitrio ordinationem monasterii sui”.

^{5[5]} Se puede entrever una estructura en estos dos versículos iniciales que sobresalen el “non conturbet”. En el v. 1 tenemos aquello que tantas veces aparece como función del abad en la RB, como vimos en la nota precedente: “... abbas constituerit”, y en el final del v. 2 el otro verbo que puede, en muchos casos, ser sinónimo del anterior: “... abbas... disponat”. Estos dos verbos sirven como de moldura para “contrubare”, realizando así esta advertencia, que está ligada a la vida fraterna. Así tenemos: v. 1: “... abbas CONSTITUERIT”.

crecer, proporcionando un ambiente favorable a la caridad: he aquí el porqué el abad dispone y constituye todas las cosas.

De acuerdo con el padre D. Vogüé, en lo que dice respecto al orden en la comunidad, Benito estaría reproduciendo una norma pacomiana transmitida por San Jerónimo^{6[6]}. Asumiendo la afirmación de este tan ilustre estudioso de la RB, consideremos que esta prescripción es anterior a San Benito y que posee una cierta tradición que se liga al principio de vida cristiana relacionados con la realidad bautismal. En la vida en Cristo y en la Iglesia, el cristiano tiene otra condición, que no considera su edad cronológica (nació de nuevo) y su posición social. El propio padre De Vogüé nos convida a hacer este “viaje”: *“La profesión monástica posee los mismos efectos del bautismo: cancela radicalmente las calificaciones y descalificaciones anteriores. Como los cristianos al salir de la fuente bautismal, los monjes son hombres nuevos, ‘todos uno en Cristo’, sin trazos de un pasado que no cuenta más.”*^{7[7]} La RB toma esta realidad bautismo-profesión y la coloca en función de fundamentar el relacionamiento fraterno en la comunidad.

De hecho, en la RB 2,18-21^{8[8]} está el fundamento escriturístico del orden en la comunidad del capítulo 63. El grupo de citas-alusiones bíblicas de estos versículos de la RB 2, nos lleva a una seria reflexión sobre la naturaleza de la realidad bautismal en nosotros^{9[9]}. Por el bautismo el cristiano es realmente una nueva criatura. En Jesucristo el ser humano es recreado. Todos fuimos adoptados como hijos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, indistintamente. Fuimos revestidos de Cristo. Pertenecemos a Cristo. Formamos parte de su Cuerpo, que es la Iglesia. El mismo Espíritu nos fue dado, este Espíritu que en nosotros clama “Abbá”. Es una osadía llamar a Dios de Padre, mas el cristiano puede hacerlo, pues tiene el mismo Espíritu del Hijo. Es como si una realidad nueva hubiese mudado su DNA original. El Cristiano, por tanto, en Cristo, puede amar como Él amó. De esta forma, las relaciones fraternas asumen otra dimensión. Benito tiene delante de sí esta realidad bautismal y la “profundización” de ella, que trae consigo la profesión monástica.

La conclusión práctica de Benito en la RB 63, sin descuidar los fundamentos de naturaleza ontológica del cristiano, dados por textos paulinos, está mucho más en la línea de los Hechos de los Apóstoles. Lo que el bautismo produce en el cristiano – y eso asociado a la profesión monástica – implica para Benito una realidad social de hechos. Pablo llegó a los fundamentos ontológicos, Hechos y Benito expresan en lo cotidiano lo

v. 2: “... abbas **NON CONTURBET**

... abbas nec iniuster DISPONAT aliquid”.

^{6[6]} DE VOGÜÉ, A. La Regola di S. Benedetto. Commento dottrinale e spirituale. Edizioni Messagero di Padova-Abbazia di Praglia 1984, p. 414

^{7[7]} id. p. 415

^{8[8]} “ No anteponga el nacido libre al originario de condición servil, a no ser que exista otra causa razonable para eso, pues si le parece al abad que debe hacerlo por cuestión de justicia, hágalo sea cual sea la condición social; en caso contrario, mantengan todos sus propios lugares, porque siervo o libre, somos todos uno en Cristo y bajo un solo Señor caminamos sumisos en la misma milicia de servidumbre: ‘Porque no hay en Dios acepción de personas’.”

^{9[9]} Ef 6,8: “sabiendo que todo aquel que hiciera el bien, recibirá el bien del Señor, sea él esclavo o libre”; Rm 2,11: “Porque Dios no hace distinción de personas”; Gl 3,28: “No hay judío ni griego, esclavo ni libre, no hay hombre o mujer; pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús”.

que significa esta realidad nueva, en la cual “no hay distinción de personas”^{10[10]}. Como las “imágenes” de He 2 y He 4 de la comunidad primitiva de Jerusalén, en donde la comunidad era dirigida por los apóstoles (los padres en la fe) y poseía una “jerarquía carismática” que era determinante en las relaciones horizontales^{11[11]}, así, parece que Benito toma la realidad jerárquico-carismática de la comunidad primitiva y la hace determinante en las relaciones verticales de la comunidad monástica: abad/más viejos: jerarquía y carisma; conversatio: momento en que se abraza la fe. En la comunidad monástica lo que importa es la vida nueva en Cristo, que adviene con la profesión monástica. El bautismo nos hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; la profesión monástica nos hace miembros del “Cuerpo de Cristo”, que es el monasterio. La orden de precedencia, por consiguiente, mucho más que disciplinar, tiene un carácter carismático: evidencia el carisma y la misión del abad y de los que son hermanos más antiguos en la fe (conversatio) con relación a los hermanos más jóvenes, al ocupar cada uno su lugar conforme al tiempo de conversatio.

Una vez colocados los fundamentos de las relaciones verticales en la comunidad, la segunda parte de nuestro capítulo pone en evidencia las relaciones horizontales en la comunidad. De hecho la RB 63,17 establece una finalidad: “a fin de que se haga lo que está escrito: ‘Anticipándose mutuamente en honra’.” Tenemos así una red de relaciones en la comunidad:

IUNIORES:

- 18. • priores suos honorent
- 19. • priores suos nonnos vocent, quod intellegitur reverentia paterna
- 20. • priore benedictionem petat
- 21. • surgat et det ei locum sedendi
- 22. • nec praesumat consedere nisi ei praecipiat senior suos

Ha de notarse los tonos imperativos dirigidos a los más jóvenes.

MAIORES:

- 23. • minores suos diligant
- 24. • iuniores suos fratrum nomine

OMNES:

- 25. • in ipsa appellatione nominum nulli liceat alium puro appellare nomine
- 26. • Honorem invicem praevenientes

ABBAS:

- 27. • dominus et abbas vocetur
- 28. • non sua adsumptione, sed honore et amore Christi
- 29. • cogitet et sic se exhibeat ut dignus sit tali honore

^{10[10]} Me parece difícil comprobar eso basándose únicamente en el texto de la RB 63. Lo que me acontece en primer lugar es una asociación de ideas: bautismo-comunidad-vida fraterna. De aquí surge la imagen de la comunidad de Jerusalén, que no es olvidada por Benito en la RB, como por ejemplo en la RB 55,20.

^{11[11]} He 2,42-46: “Ellos se mostraban asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones...”; He 4,32-35: “La multitud de los que habían creído tenían un solo corazón y una sola alma. No había necesitados entre ellos... Se distribuía a cada uno según sus necesidades.”

Contemplando esta red de relaciones, se tiene una primera impresión de no ser relaciones horizontales. Los “juniores” parecen tener más deberes para con los “maiores”, y el “abbas” está en un pedestal por sobre todos. Es una apariencia, a pesar de los imperativos dirigidos a los inferiores.

La segunda parte de nuestro capítulo nos presenta una serie de relaciones “familiares”. Las relaciones son distinguidas por “honor” y “diligere”. La dilectio (amor), orden dada a los más viejos, presenta un movimiento descendente. Es una respuesta a la honra de los más jóvenes. Puede parecer una relación fría, pues el término honrar aparece más veces que el de amar. No se puede, entretanto, separar la honra del amor. El consentimiento matrimonial une estas dos cosas: “amarte y respetarte...”.

La determinación que nadie llame al otro por el simple nombre, impone un sentido de respeto y dignidad. El otro no se puede tornar un objeto de mi intimidad. El abad es “horizontalizado”, en un cierto sentido, por ser tratado no por su persona, mas por amor y honra a Cristo, y es llamado a vivir en este espíritu. Sin embargo, todas las relaciones “familiares” son determinadas en referencia a Cristo, pues la determinación del orden de precedencia en la comunidad está ligada al tiempo de conversatio, es decir, al tiempo de caminata en la fe y de crecimiento en Cristo, presuponiendo que quien lleva más tiempo en el monasterio tiene más vida en Cristo. De este modo es que los maiores deben amar (diligant) y los juniors honrar (honorent). Amar es propio de Cristo: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella.” (Ef 5,25). Según esto, quien está hace más tiempo en Cristo debería amar más. Los más jóvenes son llamados a caminar del temor (respeto-honra) al amor. Tal vez, por este motivo, motivo de intenso aprendizaje, sea pedido más a ellos.

La comunidad monástica es una familia. Es verdad que en ningún lugar de la RB la comunidad monástica es explícitamente nombrada como familia. No obstante, si tenemos al abad que es padre, se establece una relación paterna-filial. Ahora bien, este tipo de relaciones se da en una familia. Este abad no es llamado solamente de “padre espiritual”, lo que podría llevar a una idea abstracta de familia, mas es también llamado de “paterfamilias” (cf RB 2,7). Alguien podría objetar que este título viene de la estructura familiar romana, en donde el paterfamilias tenía un poder arbitrario entre los miembros que le pertenecían, no siendo, por tanto, comparable a nuestro modelo de padre de familia. Con todo, no vemos de modo alguno atribuido a la figura del abad benedictino, el poder arbitrario del paterfamilias romano: el abad debe consultar para las decisiones, debe recordarse de que deberá prestar cuentas a Dios, debe construir la paz, etc. Por lo tanto, aunque Benito haya utilizado el término paterfamilias, él es iluminado por la perspectiva nueva del Evangelio. Así, la comunidad monástica es de hecho una familia.

Si el fundamento bíblico de la primera parte de nuestro capítulo es la nueva mentalidad de la igualdad en Cristo, el sustento bíblico de la segunda parte parece ser la familia cristiana, la unidad en Cristo manifestada en el Sacramento del Matrimonio, que funda la familia cristiana.

30. • *“Sométanse unos a otros en el temor de Cristo. Las esposas estén sometidas a sus maridos como al Señor. En efecto, el marido es cabeza de su esposa, como Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual es asimismo Salvador. Y así como la Iglesia se somete a Cristo, así también la esposa debe someterse en todo a su marido. Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella. Quería que esta esposa suya fuera santa y por eso la purificó con el bautismo de agua, junto con santificarla por medio de la Palabra. Deseaba presentársela a sí mismo muy gloriosa, sin mancha ni arruga, ni nada parecido, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a sus esposas como aman a sus propios cuerpos. Amar a su esposa, ¿no es amarse a sí mismo? Y nadie jamás ha aborrecido su cuerpo, al contrario, lo alimenta y cuida. Eso es justamente lo que Cristo hace por la Iglesia, pues nosotros somos parte de su cuerpo. En resumen, también ustedes, que cada cual ame a su esposa como a sí mismo y que la esposa respete a su marido. Hijos, obedezcan a sus padres, en el Señor; eso es lo justo. El primer mandamiento que va acompañado de una promesa es: Honra a tu padre y a tu madre, para que seas feliz y goces de larga vida en la tierra. Y ustedes, padres, no irriten a sus hijos, sino para educarlos, usen las correcciones y advertencias que puede inspirar el Señor” (Ef 5,21-30.33;6,1-4).*
31. • *“Esposas, sométanse a sus maridos, como corresponde a creyentes. Maridos, amen a sus esposas y no se disgusten con ellas. Hijos, obedezcan a sus padres en todo, porque eso agrada al Señor. Padres, no exasperen a sus hijos, no sea que se desanimen” (Col 3,18-21).*

¿Cuáles serían, análogamente, las relaciones de la familia cristiana, fundamentada en el Sacramento del Matrimonio, con la familia monástica?

El abad hace en el monasterio (familia monástica) las veces de Cristo. Cristo es el esposo. El abad es el padre y el esposo. La comunidad es la esposa y la madre. Ella honra y respeta al abad como la esposa es llamada a obedecer y respetar a su esposo. Así como en esta relación amor-respeto en el matrimonio cristiano, Pablo ve una relación entre Cristo y la Iglesia, del mismo modo esta relación en la comunidad monástica genera la fecundidad de la vida en Cristo. La comunidad es madre, pues en cuanto vive el misterio de Cristo, genera hijos en Cristo. Todos son hijos de la comunidad monástica por la profesión, como son hijos de la Iglesia por el bautismo. Los hijos son llamados a obedecer al padre (abad) y a la madre (comunidad). La comunidad tiene una personalidad que es determinada por la Regla. La madre tiene una función educadora; la comunidad es también formadora. La Regla es tan determinante en identificar a los hijos de la comunidad, que San Benito ordena que todos la tengan como maestra (cf RB 3,7).^{12[12]}

La tercera parte de nuestro capítulo se preocupa de los de menor edad. A ellos es dispensado un cuidado especial y formativo. Esta formación tiene en consideración su futuro en la plena inserción en la comunidad. De hecho, los de menor edad son colocados bajo mayor cuidado y disciplina, hasta el momento de insertarse en la comunidad. En la RB 70,4, vemos a San Benito encargarnos toda la diligencia de la disciplina para con los menores de 15 años. De este modo, la comunidad-madre es como un útero en donde todas las fuerzas convergen para la generación de un nuevo ser.

32.3. Caminando hasta la RB 72

Evidentemente, las reflexiones hechas en torno de la RB 63 no agotan el discurso de la vida fraterna en nuestra Regla. Intentaremos caminar,

^{12[12]} A propósito, es interesante la representación del ícono de la Sagrada Familia que el pintor Kiko Argüello hizo como emblema oficial del II Encuentro Mundial de las Familias, que se realizó en Río de Janeiro en octubre de 1997. Jesús, el hijo, está apoyado en María y José, teniendo en las manos la cruz, símbolo de su misión. Para eso él fue educado por la Virgen que le transmite la Palabra. José, asegurando sus pies, no dice nada, sin embargo es como si estuviese indicando el camino a seguir, pues su faz es la del Siervo Sufridor que tiene las características del rostro estampado en el Santo Sudario. Podemos, en este ícono, comparar a José con el abad: él es figura de aquello que el hijo debe ser; el Cristo que se hace el último (la humildad). José, como el abad, enseña más por sus actitudes que por sus palabras. Por otra parte, José nada habla en los evangelios; es así que el padre de familia debe educar. La Virgen María, la hija de Sión, hija de la comunidad de Israel, figura de la Iglesia y de la comunidad monástica, tórnase madre y maestra por la fidelidad a la Palabra que transmite; así como la comunidad es fiel en transmitir la Regla a sus hijos.

rápidamente, en la línea creciente que va de la RB 63 hasta el capítulo 72. Las cosas se van tornando tan explícitas que se podría decir que San Benito está preocupado en crear una nueva espiritualidad de comunión en la comunidad.

En la RB 64 el abad – quien es el primer responsable por la vida fraterna en la comunidad – es elegido por la propia comunidad. Esta elección es animada por el principio ya presentado en la RB 63: no hay acepción de personas en Cristo. El escogido como abad puede ser incluso el más joven. Lo importante es que el monasterio (“casa de Dios”) tenga un administrador digno. Este administrador es quien debe coordinar todas las cosas para que se alcance el objetivo de la vida monástica, la comunión con Dios, que, sin lugar a dudas, tiene su expresión máxima en la comunión fraterna. De este modo, la segunda parte del capítulo presenta la explicación de los criterios para la elección del abad, que están relacionados con la creación de un ambiente fraterno: más servir que presidir; casto; sobrio; misericordioso; odiar los vicios y amar a los hermanos; en la corrección prudente y sin exceso, recordándose de su propia fragilidad; esforzarse por ser más amado que temido; no ser celoso; usar de la discreción en sus órdenes, teniendo en vista tanto a los fuertes como a los débiles. Finalmente, el monje calificado para ser abad del monasterio debe ser perito en crear lazos fraternos.

El capítulo 65 de la Santa Regla nos presenta al prior del monasterio, mucho más como un peligro para la vida fraterna que una ayuda. Benito presenta, en primer lugar, los posibles vicios, no las virtudes: espíritu de orgullo, usurpador del poder del abad, creador de conflictos que generan disensiones en la comunidad. Las consecuencias para la vida fraterna son nefastas: envidias, disputas, diferencias, destituciones, maledicencias, rivalidades. Todo eso coloca en peligro no sólo la salvación del prior y de la misma comunidad, sino también al propio abad. La vida fraterna exige cuidados que aparten de las celadas.

El capítulo siguiente, sobre el portero, parece romper la línea creciente. Es apenas una apariencia. Por un lado tenemos el procedimiento metodológico de Benito, que procura seguir la Regula Magistri. De hecho, la RB 66 corresponde a la RM 95, último capítulo de esta Regla. Por otro lado, podemos mirar la portería del monasterio como tarjeta de visitas de la comunidad. El portero es llamado a expresar la experiencia fraterna de la comunidad, a los que golpean a la puerta: prontitud en el servicio y expresión de caridad en la respuesta.^{13[13]}

^{13[13]} RB 66: “semper paesentem inveniant; mox ut aliquis pulsaverit aut pauper clamaverit... respondeat.” “et cum omni mansuetudine timoris Dei reddat responsum festinanter cum fervore caritatis.”

El apéndice de la RB (67-73) es, por sí mismo, un ejemplo de relectura que Benito hace de la propia obra. Colombás dice que en estos capítulos no sería correcto hablar de fuentes propiamente, pero sí de parentesco. No se trata de un hombre que está en constante lectura de las fuentes monásticas, mas sí de un hombre que tiene experiencia de la vida monástica, de la cual está hablando.^{14[14]} En estos capítulos, las disposiciones disciplinares poseen un peculiar compromiso fraterno.

El tema de los que no están en el oratorio en el momento del Oficio Divino es retomado en el capítulo 67, pues Benito ya había hablado al respecto en los capítulos 50 y 51, dando normas precisas. Aquí en el apéndice, aparece la comunión de la comunidad con los hermanos que viajan: los hermanos se encomiendan a las oraciones de todos y del abad; todos rezarán por ellos cuando vuelvan del viaje. Es la comunión de los que viajan con la comunidad. Por fin, Benito advierte a los viajeros a no quebrantar la comunión con conversaciones indebidas sobre el viaje.

La preocupación de la RB 68 es con la persona (“Si a un hermano...”). El ideal de la obediencia, expresión de amor a Cristo, ya fue demostrado a lo largo de la Regla. Benito quiere llevar al discípulo a una obediencia perfecta, que es expresión de caridad: “la obediencia descrita por San Benito camina gradual y modestamente, iluminando y esclareciendo”^{15[15]}. El ritmo de los imperativos, a modo de educación y formación, conducen a la obediencia: *suscipiat, suggerat, sciat, oboediat*. Los adjuntos adverbiales expresan la obediencia como aprendizaje del amor: *cum omni mansuetudinje, patienter et opportune, non superbiendo*. Es el maestro despertando al discípulo para la caridad: “semejante a Cristo, que exhaló primero en la oración la angustia de su alma y obedeció enseguida, por amor a Dios y a los hombres, hasta la muerte”^{16[16]}.

El pecado de presunción es advertido constantemente en la Regla. En la RB 69, Benito advierte que tal actitud causará conflictos graves, de consecuencia, el rompimiento de la comunión en la comunidad, pues aparecerán partidos, como ya advirtiera en el capítulo 65. En este capítulo, con relación a los lazos de consanguinidad, es reforzada la idea de que en Cristo somos uno (cf Gl 3,28). En la comunidad, las motivaciones de la vida fraterna son otras.

La presunción es el pecado de Adán: querer ser Dios. Este pecado-desobediencia, que consistió en dudar del Amor, generó el desorden. La presunción en la RB 70 radica en querer usurpar lo que es propio del

^{14[14]} COLOMBÁS, G.M. La Regla de San Benito, BAC Madrid, 1979, p. 474

^{15[15]} DE VOGÜÉ, A. Lo que dice San Benito, una relectura de la Regla, Vida monástica 25, Abadía de Belle Fontaine, (traducido en portugués) p. 248.

^{16[16]} Idem.

ministerio abacial. De hecho, la determinación inicial del capítulo (“sea vedada en el monasterio toda ocasión de presunción”), aplícase a los que, sin mandato del abad, hállanse en el derecho de excomulgar y castigar a los hermanos. El abad hace las veces de Cristo, que es Dios. Querer tomar el lugar del abad es querer ser Dios: he aquí el pecado de Adán con todas sus consecuencias actuantes en el ser humano. Los menores son confiados a todos para que sean educados. Los monjes son llamados a ser la comunidad educadora que sabe llevar a los más jóvenes de la disciplina al amor. De por sí, se habla de la diligencia en la disciplina y no de la aplicación de la misma.

Antes de hacer resonar el gran himno bien-aventurado de la caridad en la RB 72, Benito quiere reforzar que caridad no se confunde con desorden y que la obediencia es expresión del amor. Tenemos así algunos puntos a destacar en la RB 71. La obediencia es un bien. Ella no existe sólo en una dimensión vertical en la comunidad, ya que ella es expresión de comunión. No estamos en una estructura militar. La obediencia es camino para Dios, al cual se sube por la humildad. Este camino es propuesto aquí, de modo especial, a los más jóvenes. Es prescrita, incluso, hasta la expulsión frente a la contumacia, pues se torna imposible, delante de la presunción, crear fraternidad y recorrer el camino del amor.

Llegamos al capítulo 72. Puede decirse el testamento espiritual de San Benito y la perspectiva en la cual se deba leer o releer toda la Regla.

Este capítulo expresa fuertemente las relaciones horizontales en la comunidad. Este celo es indicado como ideal para todos. De este modo, la primera parte del capítulo (4-8) habla del amor fraterno, mientras que la segunda (9-11), del amor a Dios, al abad y a Cristo. De la misma forma, tenemos en primer lugar aquello que es ideal para alcanzar por todos, y, en un segundo momento, un punto referencial, para donde se mueve todo el dinamismo de la vida fraterna. No sería aquí el caso de discurrir sobre cada aspecto del buen celo. Las expresiones hablan por sí mismas de una vida fraterna en comunidad, en donde reina la caridad.

Sin embargo, no deja de ser interesante la referencia al abad. Si él está incluido en la horizontalidad con los otros hermanos de la comunidad, ¿por qué esta referencia? Tal vez porque, así como el abad debe ejercer el “amor fervorosísimo” para con todos, todos deben hacer lo mismo para con él: anticiparse a él en honra, mas también soportar pacientísimamente sus debilidades, etc.^{17[17]} Amén de eso, si este buen celo es expresión del amor a Cristo, ¿el abad no hace las veces de Cristo?

^{17[17]} Cf. BOCKMANN, A. Perspectivas de la Regla de San Benito, Lumen Christi, Río de Janeiro, p. 103.

El abad está en el centro, como núcleo principal de estas máximas que se refieren al amor de Dios. Dios manifiesta su proyecto de amor en su Hijo Jesucristo, expresión palpable de su amor de Padre. Con todo el abad hace en el monasterio las veces de Cristo. Cuando él es amado, Cristo es amado, Dios es amado. Cuando un abad es amado, existe en la comunidad la oportunidad de un amor fraterno. Quizás sea por eso que San Benito recomienda al abad que se esfuerce por ser más amado que temido. Más una vez recae sobre el abad la calidad del amor fraterno en la comunidad: la calidad de la espiritualidad de comunión.

Dice Colombás al respecto del término “celo”: “El término zelus empleado por San Benito viene del griego zelos, que a su vez, deriva de una raíz que significa ‘estar caliente’, ‘estar en ebullición’. El celo, pues, es una pasión..., traducir zelus por ‘ardor’ o ‘violencia’”^{18[18]}. Bien, esta posible traducción no debería causar espanto relacionada con el amor. Fue el propio Jesús quien dijo que solamente los violentos heredarán el Reino. Esta violencia se traduce en aquello que Jesús vivenció y predicó en el Amor. San Benito pide en el vesículo 2 un “amor fervorosísimo”, un amor en ebullición. Este superlativo es significativo, como todos en la RB. La “rivalidad” pedida por San Benito suena como un desafío para una violenta batalla: que yo pueda tener tal dinamismo en el amor fraterno que me haga conquistar, junto con mi hermano, la vida eterna.

33.4. Un instrumento de ayuda en la relectura de la vida fraterna en la RB

Acredito que la Instrucción “Partir de Cristo”, publicada en mayo de este año, por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, puede ayudar nuestra reflexión sobre la vida fraterna. La Instrucción afirma que *“el llamamiento o recurso más importante es el de un renovado empeño en la vida espiritual partiendo de Cristo...de modo particular, la espiritualidad de comunión.”* (n. 4)^{19[19]} *“Si la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, ella debe ser, ante todo, una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: he aquí el gran desafío que nos espera en el milenio que comienza, si queremos ser fieles a los designios de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo. (...) Pídese a las personas consagradas – léese en Vida Consecrata –, como que sean verdaderamente expertos en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que está en el vértice de la historia del hombre según Dios.”* (n. 28) *“En*

^{18[18]} COLOMBÁS, G.M. op. Cit. P. 492

^{19[19]} Todos los números colocados entre paréntesis, en esta parte del texto, son de la Instrucción “Partir de Cristo”.

definitiva, la vida consagrada exige un renovado esfuerzo a la santidad que, en la simplicidad de la vida de cada día, tenga como fin el radicalismo del sermón de la montaña, del amor exigente, vivido en una relación personal con el Señor, en la vida de comunión fraterna, en el servicio a cada hombre y a cada mujer.” (n. 20)

Esta espiritualidad de la comunión no brota de acontecimientos especiales. Es allí, en lo cotidiano de nuestras comunidades, en donde ella tiene “espacio” para desarrollarse. *“Es precisamente, en la simplicidad de lo cotidiano que la vida consagrada crece en progresiva maduración, a fin de tornarse anuncio de un modo de vivir alternativo a los del mundo y a los de la cultura predominante”.* (n. 6)

Concretamente, ¿qué sería esta espiritualidad de comunión? Dejemos al texto hablar.

“¿Pero qué es la espiritualidad de comunión? (...) en primer lugar tener la mirada del corazón vuelta para el misterio de la Trinidad, (...) Espiritualidad de comunión significa también la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico, a saber, como uno que hace parte de mí (...) algunas consecuencias aplicables al modo de sentir y de actuar: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos para intuir sus anhelos y atender sus necesidades, para ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es incluso la capacidad de ver, sobretudo, lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorizarlo como don de Dios, es saber crear un espacio para el hermano, llevando los fardos unos de otros. Sin esta caminata espiritual, poco servirán los instrumentos exteriores de la comunión.” (n. 29)

Me gustaría destacar, aún, algunos puntos tomados de diferentes partes de la Instrucción, y que se encuadran en el tema que estamos abordando.

Es la calidad de la vida espiritual que lleva a la espiritualidad de comunión

34. • Las comunidades monásticas, en su cotidianeidad, son fuertemente marcadas por la dimensión contemplativa de la vida consagrada. Sin embargo, no dejan de sentir la influencia de la “progresiva crisis religiosa” que se manifiesta en la sociedad. *Tenemos en nuestras comunidades la tentación de una mediocridad en la vida espiritual, de un aburguesamiento, de una mentalidad consumista (...) de un eficientismo y de un activismo.* (cf. n. 12)
35. • Cuando se cede a estas tentaciones, la comunidad gana un segundo plano, pasando a tener, el primero, los proyectos personales. *“El prevalecer de los proyectos personales sobre los comunitarios puede lesionar profundamente la comunión de la fraternidad.”* (n. 12)
36. • ¿Qué concretiza la “calidad” de la vida espiritual? Partir de Cristo. *“Como recuerda la Exhortación Apostólica Vita Consecrata, trátase de experiencia de compartir, gracia especial de intimidad, de identificarse con*

Él, asumiendo sus sentimientos y forma de vida; es una vida cautivada por Cristo, vida tocada por las manos de Cristo, alcanzada por su voz, sustentada por su gracia (...) la vida fraterna es motivada por ÉL, que convoca en torno a sí, y tiene su objetivo en gozar de su constante presencia...” (n. 24)

Comunidad: lugar de fraternidad

37. • Dice la Instrucción: *“recuérdese también que una misión en el día de hoy para las comunidades de vida consagrada es la de fomentar la espiritualidad de comunión, primero en su seno y luego en la propia comunidad eclesial y más allá de sus confines, iniciando o retomando incesantemente el diálogo de la caridad, sobretudo en los lugares donde el mundo actual aparece dilacerado por el odio étnico o por locuras homicidas”*. (n. 28)
38. • La comunión crece en el compartir la vida. No se trata de compartir el mismo techo y los bienes materiales, aunque con las normas inspiradas en el Evangelio. La comunión de bienes no es punto de partida, es, al contrario, punto de llegada. A él se llega alimentado por un ideal evangélico. Siempre se debe partir de Cristo, Palabra Eterna del Padre. *“La vida fraterna en común favorece también el redescubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra: acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que de ella surgen y así avanzar en una auténtica espiritualidad de comunión”* (n. 24)
39. • Recuérdome, a propósito de eso, de un hecho relatado por un conferencista en el Simposio “Cister Hoy y Mañana”, que se realizó en 1999 en San José de Río Pardo. Contábanos él que un señor visitando su monasterio, sintiendo y experimentando el silencio y viendo a aquellos hombres de diferentes edades, viviendo en oración y en trabajo, exclamó: *“¡Qué ambiente sagrado! Ustedes deben compartir todos los días tantas cosas espirituales, frutos del constante contacto con la Palabra de Dios, mientras que nosotros, en este mundo turbulento, vivimos juzgando a los otros y murmurando contra todo”*. Da para pensar... ¿qué es lo que estamos compartiendo de la Palabra que es acontecimiento?
40. • Por causa de tu Palabra, “lanzaré las redes”. Ésta es la respuesta al desafío *“¡Duc in altum!”* (Lc 5,4) de Jesús a Pedro, que el Papa Juan Pablo II hizo célebre, haciéndola resonar en la Iglesia, a través de la Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, y que la Instrucción coloca como motivación para toda su reflexión (cf. n.1). En nuestras comunidades es también por causa de la Palabra que estamos reunidos y somos llevados a hacer un camino de obediencia. Sin tener viva esta Palabra en nuestro medio, imposible es, humanamente hablando, crear fraternidad y espiritualidad de comunión. Las normas, las estructuras y la propia Regla de nada servirían. Es de la Palabra que nace la fe. *“La fe se origina de la predicación”*. Obedecer, discernir comunitariamente, caminar juntos son actos de fe. El intercambio y vivencia de la Palabra de Dios protegen a la comunidad del riesgo del individualismo que perjudica la espiritualidad de comunión en las comunidades y para lo cual alerta la Instrucción: *“Existe el riesgo de que las opciones subjetivas, los proyectos individuales y las orientaciones locales vengan a sobreponerse a la Regla, al estilo de vida comunitaria y al proyecto apostólico del Instituto. Se hace necesario un diálogo formativo capaz de acoger las características humanas, sociales y espirituales de cada uno, discerniendo los límites humanos que piden la superación y las provocaciones del Espíritu, capaces de renovar la vida del individuo y del mismo Instituto”*. (n. 18)

El superior: primer animador de la espiritualidad de comunión

41. • La misión del superior *“requiere una constante presencia, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, y de ayudar a las personas que fueron confiadas en el sentido de una fidelidad siempre renovada al llamado del Espíritu. Ningún superior puede renunciar a su misión de animación, de ayuda fraterna, de propuesta, de escucha, de diálogo, sólo así la comunidad toda podrá encontrarse unida en la plena fraternidad y en el servicio apostólico y ministerial (...) autoridad que promueve la unidad y de la autoridad que sabe tomar la decisión final y asegurar su ejecución”* . (n. 14)
42. • Si la Palabra nos convoca, ilumina, integra y reconcilia, ella también nos hace co-responsables en la construcción de la fraternidad y en nuestros proyectos comunitarios. *“Pídesse una participación convencida y personal en la vida y misión de la comunidad a cada uno de sus miembros (...) el camino cotidiano de la vida fraterna en comunidad postula una participación que permite el ejercicio del diálogo y del discernimiento (...) La co-responsabilidad y la participación se ejercen también en los diversos tipos de consejos, en los varios niveles, lugares en los que debe reinar de tal modo la plena comunión, que se perciba la constante presencia del Señor que ilumina y guía. El Santo Padre no vaciló en recordar la antigua sabiduría de la tradición monástica para un recto y concreto ejercicio de la espiritualidad de comunión, que promueve y asegura la participación activa de todos”*. (n. 14)
43. • Aquí la Instrucción está hablando de la citación de la RB 3,3 en el “Nono Milenio Ineunte (NMI)”: *“Es significativo lo que San Benito recuerda al abad del monasterio, al convidarlo a consultar también a los más jóvenes: ‘Es frecuente que el Señor inspire un parecer mejor a través de los más jóvenes’”*. (NMI 45)
44. • No sabría explicar la génesis de esta cita de la RB en la NMI. Lo concreto es que está referida en el contexto del cap. IV de la NMI: “Testigos del Amor” y dentro de un conjunto de números que habla de la espiritualidad de comunión (cf NMI 43-45). El capítulo benedictino es colocado como modelo de la espiritualidad de comunión para toda la Iglesia, queriendo así el Papa, enseñar que el relacionamiento entre pastores y fieles no es simplemente de obediencia legalista, mas de escucha para que haya comunión.
45. • A propósito, sabemos de la importancia de este capítulo en la RB. Lo que en la RM era sólo un apéndice al directorio del abad, tórnase un capítulo aparte en la RB. El abad aparece aquí, una vez más, como un “arbitrario” que no debe cometer “arbitrariedades”. Él es el vínculo de comunión. Él debe oír para sondear e interpretar los designios de Dios. No se trata sólo de cumplir un artículo de las Constituciones, sino de un acto de fe, de temor de Dios. Él tiene que oír para atar lazos de comunión en la comunidad.
46. • Podemos detectar una relación entre la RB 63 y la RB 3. El orden de la comunidad está en función de la espiritualidad de comunión, como los hermanos llamados a consejo son artífices de la misma espiritualidad de comunión.
47. • No sabría decir hasta que punto la Conferencia 16 de Cassiano, sobre la amistad, sería una fuente para estos dos capítulos. Con todo, podemos tenerla aquí como telón de fondo para nuestra reflexión. Los hermanos viven en el monasterio no únicamente por ataduras humanas que pueden fácilmente ser

deshechas (cf. Conl. 16,1-2), sino para buscar la virtud, el verdadero amor, que es Cristo (conf. Conl. 16,3). Siendo así, Cristo, en su kênosis, es el modelo para la comunión. El despojarse de sí mismo es la condición necesaria para oír al otro – inclusive a los más jóvenes – y realizar la comunión en la verdad (cf. Conl. 16,10-12). El amor-ágape es un don (cf. Conl. 16,13) y es posible a todos. Podemos, en la Gracia, amar a todos los hombres. Tener una vida de oblación por todos ellos, mas el amor-diáthesis, el amor de afección, sólo puede ser compartido con pocos, a quien se está unido en la misma “conversatio”. Eso no significa una caridad fingida o no casta, más bien una experiencia concreta de amor, en un lugar concreto, que después se expande en ágape a todos los hombres (cf. Conl. 16,14). La comunidad monástica es, para nosotros, el lugar donde se debe vivir y hacer crecer este amor. La co-responsabilidad que se mencionaba precedentemente presupone y exige la vivencia de este amor.

48. • Volviendo a la cuestión de la autoridad, el abad, el superior, el animador de la espiritualidad de comunión, tiene – igualmente como todos los hermanos – que vivir esta kênosis de Jesús para poder escuchar. Esto es muy difícil. Sin embargo, es condición y exigencia para crear la espiritualidad de comunión en la comunidad.

Comunidad formadora de la espiritualidad de comunión

49. • El capítulo 63 de la RB hace un convite a los más jóvenes. Fue hecha, anteriormente, la comparación de la comunidad monástica como “madre” que genera y educa. La Instrucción en el n. 16 dice: *“La vía maestra de la promoción vocacional a la vida consagrada es la que el Señor mismo inició, cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: ‘Venid y veréis’ (Jn 1,39). Este encuentro, acompañado por el intercambio de vida, pide a las personas consagradas que vivan profundamente su consagración, de modo que sean señal visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamado. De allí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, que se dejen interpelar por las exigencias de autenticidad, y prontas para caminar con ellos”*.
50. • Ya vimos, en el n. 6 de la Instrucción, la necesidad de la vida consagrada de tornarse *“anuncio de un modo de vivir alternativo a los del mundo y de la cultura dominante”* Quien “viene” a nuestros monasterios quiere “ver” esta propuesta nueva que se realiza en Jesucristo. Nuestras comunidades son convocadas a ser este Jesús que llama a sus vocacionados para ser formados, configurados a imagen de aquel que llama y prepara para la misión. Nuestro estilo de vida es un anuncio para el mundo. Nuestras vocaciones deben venir y ver el amor que puede dar una noticia transformadora y liberadora para nuestra generación. *“Una existencia transfigurada por los consejos evangélicos se vuelve testimonio profético y silencioso (...) y despierta una nueva imaginación de la caridad (...) En el momento en que se invoca una nueva fantasía de la caridad y una auténtica afirmación y comprobación de la caridad de las palabras con las obras, la vida consagrada observa con admiración la creatividad apostólica que hace florecer millares de rostros de la caridad y de la santidad en formas específicas, no pudiendo, todavía, no sentir la urgencia de continuar, con la creatividad del Espíritu, sorprendiendo al mundo con nuevas expresiones de activo amor evangélico ante las necesidades de nuestro tiempo.”* (n. 33.36) Nuestra formación debe generar un

espíritu nuevo en los corazones de los monjes y monjas para que puedan, como San Benito, ver el mundo entero en un rayo de luz. No se trata de un desprecio hostil del mundo y de las personas que consideramos “mundanas”, es más, se pretende acoger toda esta realidad, para la cual Jesús derramó su sangre, en una nueva luz.

51. • No se podría dejar de resaltar en esta reflexión sobre la comunidad formadora de la espiritualidad de comunión, la educación para el perdón y reconciliación verdaderamente cristianos que, sin lugar a dudas, la RB enseña. Así como San Benito cuidó de colocar en la Regla un código penal para ayudar a crecer a la comunidad en la conversión, en el perdón, en la reconciliación y en la humildad, y lo colocó en un lugar preciso, como el corazón de la Regla. También nosotros deberíamos hacer aquí toda una reflexión aparte, que el tiempo no permitiría ahora. Entretanto, apenas una reflexión para introducir esta nota importantísima para la vida fraterna.
52. • Ya comprobamos que la Instrucción en el n. 28 llama la atención de la vida consagrada, para que en la vivencia de la caridad sea un testimonio para “*el mundo de hoy dilacerado por el odio racial y por locuras homicidas*”. Es situación gravísima en nuestras comunidades todas las veces en que acontecen tensiones, que originan odio y un cierre a la reconciliación. Evidentemente que es imposible que no haya algún tipo de tensión. Empero, es hasta bueno que acontezcan, ya que nos ayudan a crecer. Lo que impide el crecimiento es el cerrarse a un espíritu verdaderamente cristiano, dispuesto a perdonar y a reconciliarse. Pensemos en algunos casos que podemos conocer en nuestras comunidades o en otras: hermanos que llegan a agredirse físicamente y no asumen su error, persecuciones y murmuraciones alimentadas por la envidia, hermanos que pasan años sin hablarse y si desearse la paz, etc. ¿Cómo es posible, delante de estas y otras situaciones semejantes, formar para la comunión? Aquí, más una vez, cabe evocar el rol de autoridad del superior que, como dice la Instrucción, “*afirma, ilumina, convoca, integra y reconcilia*”. (n. 7)

Concluyendo

Toda esta reflexión me despertó, en primer lugar, antes las inquietudes y llamados que salen de mi propia comunidad. Quiero destacar estos puntos, pues, pueden ayudar a reflexionar a tantas otras comunidades.

53. • Existe un dificultad en captar, inmediatamente, en la RB la propuesta de vida fraterna de San Benito.
54. • Óyese la Regla, muchas veces, sólo con oídos legalistas. Los problemas que aparecen repetidamente en el relacionamiento fraterno, llevan a encontrar soluciones con sello legalista: ‘se debe’, ‘tiene que hacerse’, etc. Es una ley que irá resolver el problema. No se habla en conversación, no se habla de una espiritualidad de comunión; háblase mucho en términos legalistas, lo cual es un gran peligro de caer en un fariseísmo.
55. • El discurso de la vida fraterna precisa ser asumido como de capital importancia en la vida de la comunidad. El no recuperar y retomar este asunto hace perder la perspectiva de la fraternidad, como don y testimonio fundamental de la vida monástica.

- 56. • La calidad de la vida fraterna debe ser siempre evaluada puesto que muchas heridas quedan abiertas, no cicatrizando fácilmente, como pudiera parecer.
- 57. • Mucho se espera del abad, sea por reconocimiento de su carisma, o por comodismo en enfrentar situaciones, y en comunión para buscar soluciones.
- 58.

Otro punto conclusivo – tal vez cargado de subjetividad – es que recae sobre el superior de la comunidad, la gran carga de hacerla crecer en comunión. Eso fue brotando de mi reflexión sobre el tema. Algunas veces quise intentar otro camino, pero por fin la Instrucción me hizo retomar la senda y darme cuenta realmente de esta verdad.

Finalmente, creo que no deberíamos dar por concluido nada. Esta temática es un desafío para el nuevo milenio. Estoy seguro que siempre será un desafío evangelizador. Solamente la vivencia del amor fraterno y de la unidad podrán testimoniar al mundo a Cristo resucitado. Este asunto debe estar siempre en discusión, pues la fraternidad exige un permanente dinamismo. Éste, a su vez, demanda la verdad: verdad de nuestros sentimientos, transparencia en lo que decimos unos a otros, verdad en la corrección fraterna, verdad en aquello que se viene a buscar al monasterio. “La verdad los libertará”.

Autor: Abad Edmilson Caetano, OC